

El círculo se cierra a las doce y media de la noche en punto. Un toque general de timbres especiales que resuenan en todos los locales durante cinco minutos, ó sea desde las 12,25 á las 12,30, anuncia el cierre del círculo, y á los dos minutos de éste repique se apagan todas las luces con una sola llave. El que se quedare rezagado es posible de una multa que ha de hacer efectiva en el acto, con sujeción á esta escala:

50 centavos, ó sea una cuota, si pasa por la portería del círculo á las 12,35. 1 dollar si lo hace desde esa hora á las 12,45.

Desde esta hora, hasta la una de la madrugada, se opera la requisita general y el cierre de puertas.

El que fuere hallado al hacer la requisita paga 2 dollars de multa, y el que se encontrare dormido en cualquier parte 25.

Por último, el que fuere hallado á la mañana siguiente por haberse saltado al efectuar la requisita y no haber sido visto durante ella, quedando por lo tanto encerrado, es expulsado de la sociedad.

En el funcionamiento general de este bien montado y célebre círculo hay detalles deliciosos, sobre todo para nosotros europeos, apegados á las costumbres de nuestros países, ora indolentes, ora indiferentes, ora ignorantes. Ello será objeto, Dios mediante, de un tercero y último artículo.

WILLIAM TRUB.



D. Manuel Cano,

Teniente Coronel de Ingenieros, Asesor del Excmo. Ayuntamiento de Guadalupe, con motivo de la instalación de la luz eléctrica.

CUENTOS DE "LA CRÓNICA"

QUIERO CASARME

Pues señor, mis lectores van á creer que no es cierto lo que cuento, y crearán mal. El hecho se ha realizado después de comenzar el año que corre.

Un día, en *Le Journal de Travailleurs* vi un anuncio, según el cual una bonita joven y honrada francesa que contaba con un capital de 587.000 francos, deseaba casarse con un español.

Yo no me paré en barras; tomé la pluma y en francés le dirigí una carta, exponiéndole todas mis buenas cualidades (que sin modestia, son muy recomendables), carta que terminé poniéndome por completo á su disposición, en mi casa, Ave María, 48.

Pasáronse unos días, bastantes, y ya desconfiaba de obtener contestación, y á fé que lo sentía; pues ya me había imaginado abandonar el oficio y retirarme á un pueblo, elegido y todo, en la provincia de Guadalupe, en el que cambiase la levita por la honrada chaqueta del labrador.

Pero nada; se conoce que no le había resultado muy simpático, aunque yo en mi carta resultaba casi un personaje.

Tengo la costumbre, después que termino mi cotidiano trabajo marcharme al café de los Angeles, y con toda la flemma de un inglés, saborear el aromático producto, oyendo los conciertos de la banda del Hospicio que toca todas las tardes en el referido café; me siento en la segunda mesa á mano derecha, entrando por la puerta de Santo Domingo.

Un día me la encontré ocupada por

gente desconocida y ocupé una algo distante, pero del turno de Paco, que así se llama el mozo que me sirve.

Eran dos señoras no viejas, de treinta años, poco más ó menos, las que habían ocupado mi sitio.

Pregunté á Paco y no supo darme razón; únicamente me dijo que hablaban muy despacio y que aun procurando no había podido entender una palabra, pero que creía eran españolas, al menos la morena, que era la que se entendía con él.

Alguna vez noté miradas furtivas, pero no me preocupé.

Esta escena se repitió durante un novenario completo, sin que yo pudiese imaginar qué clase de gusanos eran aquellas dos mujeres, tipos diferentes, pero las dos hermosas.

En ninguna ocasión las vi acompañadas por nadie.

Ya empezaba á excitarse mi curiosidad y determiné seguirlas cuando se marchasen, pero no pude esperar tanto, porque mi obligación me llamaba.

Eran las diez de la noche y todavía estaban sentadas hablando... Dios sabe de qué.

Á la mañana siguiente había terminado de organizar el trabajo de los muchachos y ya iba á comenzar el mío, cuando sonó el timbre del teléfono. Voy al aparato, y sin más preámbulos me dicen: *¿No quiere usted tomar café en la segunda mesa del turno de Paco en los Angeles?*

Pregunté con quién hablaba, pero nada; la conferencia había terminado sin esperar mi contestación. Pregunté también á la central con quién había estado hablando y no supo ó no quiso decirme lo.

Indudablemente eran aquellas prójimas las autoras de la broma.

Y nada; aquella tarde, cuando viento y marea, tomaba yo café en mi mesa acostumbrada.

Llegué muy temprano y dispuesto á esperar los acontecimientos.

Poco rato después, allí ellas, y sin casi mirar á la mesa marcharon al extremo opuesto del café.

La cosa picaba en historia. Conté á Paco lo sucedido y me prometió observar á ver si algo averiguábamos.

Si yo les preguntaba y no eran ellas, hacía una plancha fenomenal, cosa que nunca me ha gustado.

Aquella tarde no pasó nada más de notable, pero por la mañana del siguiente día volvió á sonar el timbre del teléfono y se repitió la pregunta del anterior.

—¿Quiere Vd... (no quiero decirlo lo que contesté), pero debí hacer gracia, porque ó una ruidosa carcajada. Después nada.

Volví y ya estaba ocupada mi mesa por las dos mujeres.

Allá voy, me dije yo: las pedí permiso y me senté dispuesto á satisfacer mi curiosidad.

—Con mucho gusto, —me contestó en francés la rubia.

En el mismo idioma seguimos la conversación sin que la morena moviese los labios, porque no entendía una letra de la lengua de Voltaire; no sé lo que haría para que Paco no la entendiera.

Después de muchos rodeos y mucho hablar resultó ser la Fanny parisiense, que con 587.000 francos quería casarse con un español.

Había recibido mi carta; por ella me había conceptuado guapo y simpático (¡claro!) y dispuesta á saber y estudiar mi vida había venido á Madrid hacia quince días, sin que me hubiera perdido de vista más que los momentos que yo paraba en mis oficinas.

Ella había sido la de las preguntas por teléfono y ella la que prorrumpió en una carcajada al oír la contestación muy aragonesa, que dí á la segunda.

Era huérfana, bella, al parecer honrada y decente, con capital; ¿quién me impedía casarme?

Después de todo, ¿no es el matrimonio una casualidad en cualquiera ocasión que se realice? ¿No dan petardos hasta esas mujeres que hemos conocido desde niñas?

¿Por qué mirar con prevención un anuncio que en último término podía ser muy cierto y conveniente?

Pero fui claro: quise ver los justificantes de los 587.000 francos; y efectivamente, tuve en mi mano títulos de la deuda francesa del 3 por 100, que en una casa de Banca me realizaban cuando quisiera.

Aun con todo determiné que nos tratásemos algún tiempo para conocernos nuestro carácter.

Ya me imaginaba yo en un pueblo chiquitito y admirablemente situado en la provincia de Guadalupe, dedicado por completo á mis nuevas faenas, mucho más tranquilas de las que

ahora me fatigan, haciendo esa envidiable vida del labrador honrado y sin acordarme para nada de periódicos, ni lías, que desesepara poder dejar.

La francesa era bonita de verdad; un poco más veje que yo, pero en fin, esto significaba muy poco. Comencé á tratarla y poco á poco fui adquiriendo el convencimiento de que cuando Cristo repartió la gracia, debía estar ella en el otro extremo del mundo.

Era pavisosa como ella sola; hasta llegué á dudar que hubiese tenido ánimos para venirse solita desde París con objeto de conocerme.

Con ella se acababa la conversación en un instante cuando no se trataba de un asunto muy importante.

Sonreía sin sombra; hablaba con parsimonia desesepadora; en fin, ni aun en las comidas debió probar la sal ni una sola vez. Era la imagen de la simplicidad.

Ya no me convenía. Yo quiero una mujer con dinero, sí; pero que sea capaz de quererme como queremos los españoles; no al estilo francés.

Su simpatía llegó hasta el punto de que cuando la hice ver la imposibilidad de nuestro matrimonio, no mostró la menor impresión.

Dispuso su viaje con gran tranquilidad y la acompañó á la estación del Norte, anteaer precisamente.

Cuando el tren se puso en movimiento y nos dimos el último adiós, no pude menos de pensar para mí capote:

Prefiero una de mis españolas á mil francesas.

Ya la encontraré.

KO-FRAN.

Boletín eclesiástico

Un rasgo de León XIII

Medio siglo ha, sobre poco más, rodaba por la carretera de Anagai á Carpinetto, en Italia, un carruaje tirado por dos caballos; un preceptor daba la derecha, en el textero, á un niño débil y de color pálido que á la sazón convalecía de una grave enfermedad.

Al llegar al pie de una cuesta observaron los viajeros que, tendido sobre la piedra dura y al lado del camino, se encontraron un niño pobre, con traje de pastor, lleno de polvo y de jirones, quejándose amargamente y haciendo penosos esfuerzos para retirarse, lo cual no era de extrañar, pues se le veía un pie descalzo, muy hinchado, con una herida en el tobillo.

Al llegar junto á él, se detuvo el carruaje, y bajó apresuradamente el niño convaleciente á preguntar al pobre la causa de su dolor y de su estado.

El obrero, que tal era, contestó que había sido atropellado por el carro de un lechero, por no haber tenido tiempo para separarse, y que el conductor, ó no viéndole ó no haciéndole caso, lo había dejado, á pesar de sus gritos y voces de auxilio.

—Pero ¡ay! que no puedo más ¡el dolor me mata! —dice.

En el acto, conmovido el joven viajero, con resolución impropia de sus pocos años, atraviesa la maleza y las espinas que le separan de un arroyo, llena su sombrero, dá de beber al obrero, lava la herida y ciñe el tobillo y pié con su pañuelo de batista.

—¿Dónde habitas? —le pregunta. El pastor señala una aldea en el alto de la montaña.

—Allí no puedes ir —dice el improvisado cirujano. —Ven conmigo á Carpinetto, y encontrarás lo que te haga falta.

El herido sonrió de agradecimiento, y apoyado en su protector, llegó y fué subido al carruaje.

—Pero ¿qué pensáis hacer, Joaquín? —dijo el ayo al ver llegar al herido.

Pues lo que haría cualquier cristiano. ¿Podemos dejar abandonado á ese pobre niño herido?

—Pero, si lo lleváis á casa, ¿qué dirán vuestros padres?

—Que he hecho bien, dirán sencillamente. ¿Es cosa extraordinaria ó mala auxiliar á un pobre niño y curarle una herida? Todos harían otro tanto.

El ayo dió entonces una palmada de satisfacción en la espalda de su discípulo, y el carruaje partió veloz en dirección á Carpinetto.

Al llegar á casa de Joaquín, su madre quedóse absorta viendo el huésped inesperado que le traía su hijo, ya que nada tenía de agradable por su traje, aunque lo fuera por su agradable rostro, colocado dentro de un marco negro formado por su abundante cabellera; mas cuando oyó á su hijo contar el encuentro y el estado del pobre, hizo llamar apresuradamente al médico de la casa y cuidar al muchacho.

Joaquín, al ver tal recibimiento, ver-

tió lágrimas de gratitud y de alegría, lanzando sus grandes y bellos ojos centelillas de felicidad.

—¿He hecho bien, madre?

—Sí, hijo, has obrado bien.

Y alegre y satisfecha abrazó á su hijo, oprimiéndole contra su corazón.

Aquel Joaquín, viajero delicado y caritativo, era Joaquín Pecci, hoy León XIII.

Noticias generales

El Presidente de la Juventud carlista de Molina, D. Claro Abánades, nos dice en atenta carta, como contestación á otra publicada acerca de la Agitación carlista en Rillo, que del acto de constitución de la Junta, en el mes de Noviembre, apareció creada esta en vista de los desciertos de los actuales gobernantes, y el desenvolvimiento que va adquiriendo la comunión carlista, además de la ferviente fé que anima á sus adeptos, que en el seno de la Junta se han retirado, acoados por las Autoridades y por temor, sin dejar las ideas tradicionalistas, y por último, que dicha disuelta Junta no será admitida si vuelve al seno de los carlistas.

En 20 de Octubre último, fué nombrado por la Junta de primera enseñanza Maestro provisional de la escuela pública elemental de niños de Budia, D. Angel Mazarío y Muñoz, el cual desempeñó el cargo desde dicho día hasta el 30 de Noviembre siguiente en que cesó por nombramiento de D. Raimundo Sacó Muñoz; es decir, que D. Angel Mazarío, desempeñó el cargo cuarenta días, ni uno más ni uno menos.

Ahora bien, ¿podrá decirnos las razones que existen para abonar sólo trece días de sueldo al Sr. Mazarío y no los cuarenta que desempeñó el cargo y que tan legitimamente le corresponden?

Ha entrado á ser proveedor de Palacio con su Champagne *Codorniu*, don Manuel Raventos, viticultor en San Sadurn de Noya.

Vemos con gusto la reacción que se nota á favor de los vinos españoles y que S. M. la Reina dé en ello el ejemplo.

Crimen en Albendiego

Entre siete y ocho de la noche del día 30 del pasado, llegó á su casa de Albendiego, Ceolilo Romero Pérez, de 21 años de edad, casado, encontrando en ella á su esposa Cayetana Romero y á su madre política María Aparicio, quienes invitaron á cenar al Ceolilo.

Como éste manifestara que quería acostarse mejor que cenar, su esposa dispuso lo conveniente, y al salir de la cocina disparó dos tiros de pistola sobre su madre política que resultó ileso, pero con una navaja le causó nueve heridas en la cabeza.

Ciego de cólera el Ceolilo, cogió á su esposa y la arrastró, causándole además diez y nueve heridas.

Una vez cometido el crimen se dió á la fuga, y como no haya sido habido, se supone si se habrá suicidado arrojándose á la laguna del pueblo de Somolinos.

Se encuentran notablemente mejorados en su grave enfermedad, la señora del Coronel Director de la Academia de Ingenieros Sr. Urquiza, y el Vicepresidente de la Comisión provincial Sr. Barco.

Según noticias, hállase mas aliviado el ex-diputado provincial residente en Brihuega, nuestro muy querido amigo D. Hermenegildo Pérez.

Celebraremos que la convalecencia sea rápida.

Esta tarde habrá *Miserere* con sermón en San Nicolás y mañana Viacrucis en San Ginés.

Se ha hecho cargo de la compañía de la Guardia civil de Brihuega el capitán D. Miguel Jiménez.

El viernes próximo llamado de *Dolores*, habrá función á las diez de la mañana en las iglesias parroquiales de San Gil, San Ginés y Santiago, y predicará en la primera D. Julio Vallejo, en San Ginés D. Emilio A. Vitini y en Santiago D. Francisco M. Martínez Marín.

En las demás parroquias y conventos habrá misa cantada.

El día 29 del mes actual, á las once de su mañana, se substarán en la Di-